

# Homilías Domingo Segundo del Tiempo Ordinario. Ciclo A

## + Lectura del santo evangelio según san Juan

*En aquel tiempo; al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: -«Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: "Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo." Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel.»*

*Y Juan dio testimonio diciendo:*

*-«He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él.*

*Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo:*

*"Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo. "*

*Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.»*

## Palabra del Señor

## Homilías

(A)

La frase es de A. de Mello: “nadie se emborracha por hablar mucho del vino”. Para emborracharnos hay que beber el vino. Yo añadiría tampoco nadie se “emborracha de Dios por mucho que hablemos de El”. Hasta los curas, que nos pasamos la vida hablando de Dios es posible que, más que borrachos, estemos todos muy cuerdos”.

Es que las palabras no emborrachan.

A lo más, la excesiva palabrería puede emborracharnos de aburrimiento y cansancio.

Juan no habla de Jesús de memoria sino por propia experiencia. Y él lo ha visto “y por eso da testimonio de que es el Hijo de Dios”.

Dios no es una simple noticia que podemos leer en el periódico o escuchar en los noticiarios de la TV o de la Radio. A Dios sólo podemos conocerlo desde nuestra experiencia.

A Dios es preciso verlo en nuestra experiencia.

A Dios hay que sentirlo en nuestra experiencia.

Y no de segunda mano a través de quien escribe o habla de El.

Por eso tampoco podemos hablar de Dios si antes nosotros mismos no lo hemos visto.

No podemos hablar de Dios porque otros no lo han dicho.

No podemos hablar de Dios porque lo hemos leído en libros.

Sólo puede hablar adecuadamente de Dios quien lo ha visto, lo ha sentido en su corazón.

Cuando hablamos de Dios un poco de memoria o de oídas, Dios deja de ser sorpresa y hasta su mismo nombre se vulgariza tanto que apenas despierta inquietud alguna en nuestros corazones.

“Dios” está siendo una palabra demasiado manida. Porque hasta los que no creen en El hablan de El.

En esto tendremos que darle la razón a Julián Green que escribe: “Todo el mundo creía, pero nadie gritaba de asombro, de felicidad o de espanto”. ¿A quién asombra Dios hoy? ¿A quién causa verdadera felicidad hablar de él o escuchar hablar de él?

Es preciso contemplar al Espíritu bajar y posarse sobre Jesús.

Pero también es necesario “contemplar al Espíritu bajar y posarse sobre nosotros”. Porque sólo el Espíritu es capaz de revelarnos de verdad el verdadero rostro de Dios. Fue el Espíritu el que lo concibió en el seno de María. Fue el Espíritu el que inspiró su Palabra.

Nuestra misma oración es mucho más un monólogo nuestro con El, más que un verdadero diálogo. Entendemos que orar es lo que

nosotros le decimos, cuando la verdadera oración debiera estar llena de “escucha”, porque lo que nosotros le decimos ya lo sabe antes que se lo digamos. Pero nosotros no sabemos lo que él quiere decirnos en cada momento.

Para hablar y anunciar a Dios necesitamos:

Hablar de lo que hemos visto y oído.

Hablar con convencimiento.

Hablar con gozo y con alegría.

Y sobre todo, hablar con el testimonio de nuestra vida.

Siempre se necesita de que “alguien vea primero” para poder luego mostrarlo a los demás. Y esto es válido para todos los que nos llamamos creyentes. No puedo mostrar las flores de mi jardín si antes yo mismo no las veo. Ni puedo hablar de la calidad del vino si antes no lo he probado.

Dios no necesita “propagandistas”.

Dios necesita “testigos”. “Y vosotros seréis mis testigos”. Y Juan en la introducción a su primera Carta nos dice hasta nueve veces “lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que hemos tocado con nuestras manos” esto es lo “que os anunciamos”.

Los hijos necesitan de padres que han visto.

Los fieles necesitan de sacerdotes que han visto.

El mundo necesita de cristianos que han visto.

Por eso todos necesitamos de “ese bautismo del Espíritu y fuego” para que el agua con que nos bautizaron no se seque de inmediato.

## (B)

Son bastantes las personas que llevan en el fondo de su alma la caricatura de un Dios desfigurado que tiene muy poco que ver con el verdadero rostro del Dios que se nos ha revelado en Jesús.

Dios sigue siendo para ellos el tirano que impone su voluntad caprichosa, nos complica la vida con toda clase de prohibiciones y nos impide ser todo lo felices que nuestro corazón anhela.

Todavía no han comprendido que Dios no es un dictador, celoso de la felicidad del hombre, controlador implacable de nuestros

pecados, sino una mano tendida con ternura, empeñada en «*quitar el pecado del mundo*».

Son bastantes los que necesitan liberarse de un grave malentendido. Las cosas no son malas porque Dios ha querido que sean pecado. Es, exactamente, al revés. Precisamente porque son malas y destruyen nuestra felicidad, son pecado que Dios quiere quitar del corazón del mundo.

A los hombres se nos olvida, con frecuencia, que, al pecar, no somos sólo culpables, sino también víctimas. Cuando pecamos, nos hacemos daño a nosotros mismos, nos preparamos una trampa trágica, pues agudizamos la tristeza de nuestra vida, cuando precisamente creíamos hacerla más feliz.

No olvidemos la experiencia amarga del pecado. Pecar es renunciar a ser humanos, dar la espalda a la verdad, llenar nuestra vida de oscuridad. Pecar es matar la esperanza, apagar nuestra alegría interior, dar muerte a la vida. Pecar es aislarnos de los demás, hundirnos en la soledad. Pecar es contaminar la vida, hacer un mundo injusto e inhumano, destruir la fiesta y la fraternidad.

Por eso, cuando Juan nos presenta a Jesús como «*el que quita el pecado del mundo*», no está pensando en una acción moralizante, una especie de «saneamiento de costumbres». Está anunciándonos que Dios está de nuestro lado frente al mal. Que Dios nos ofrece la posibilidad de liberarnos de nuestra tristeza, infelicidad e injusticia. Que Dios nos ofrece su amor, su apoyo, su alegría, para liberarnos del mal.

El cristianismo sólo puede ser vivido sin ser traicionado, cuando se experimenta a Jesucristo como liberación gozosa que cambia nuestra existencia, perdón que nos purifica del pecado, respiro ancho que renueva nuestro vivir diario.

(C)

Hay un proverbio judío que expresa bien la importancia que tiene el testimonio de los creyentes: "Si no dais testimonio de mí, dice el Señor, yo no existo".

Lo mismo se puede decir hoy del testimonio de los cristianos. Si no somos testigos del Dios de Jesús, el Dios de Jesús permanece oculto e inaccesible para los hombres de hoy.

La única razón de ser de una comunidad cristiana es dar testimonio de Jesucristo.

Y hemos de dar este testimonio en un mundo en el que Dios y todo lo religioso sufre un proceso condenatorio...

Hacer partícipes a los demás de los bienes, de las experiencias, de las oportunidades es una exigencia obvia y primera del amor.

Si he dado con un médico capaz de aliviarme el reuma, de curarme la diabetes o remediar mi ceguera no puedo menos de pasar la noticia a toda prisa a mis amigos reumáticos, diabéticos o ciegos. Lo contrario sería una traición.

Si ha habido un apagón en un camping y yo tuviera una provisión de velas y no repartiera mi luz a los demás acampados, sería un vecino execrable al que no le importa la suerte de los demás.

Si de verdad me siento curado y salvado por Jesús y callo mi fe y mi experiencia religiosa ante quienes la necesitan, no tengo perdón de Dios.

"Vosotros sois la luz del mundo". Si creo que tengo la luz de la fe en Jesús y, sin embargo me la guardo para mí, sin preocuparme de si los demás ven o no ven, creen o no creen, entonces lo que tengo no es fe. La fe que no evangeliza, que no contagia, que no se difunde, no es fe, será cualquier otra cosa, pero no es fe.

Paul Claudel que tanto tiempo estuvo sumido en las tinieblas "por el silencio culpable de los cristianos que le rodeaban" interpelaba fogosamente: ¿Qué habéis hecho de la Luz, hijos de la Luz? Tenía toda la razón del mundo.

Si entiendo mi vida cristiana, mi fe en Jesús, mi experiencia religiosa como la mejor manera de vivir la vida humana, como un tesoro ¿cómo puedo callármelo y dejar a los demás en la miseria? ¿Cómo puedo decir que les quiero si no comparto con ellos la riqueza más grande de mi vida?

Al hombre moderno no le interesan los maestros, busca y sigue a los testigos, y en este sentido podemos decir que el testimonio de muchos cristianos puede atraer o puede alejar de Dios...

Me impresionó mucho en mis primeros años de sacerdote el símil de aquel gigantón de alma y cuerpo, que fue el Padre Lombardi.

Decía él con su lenguaje tan plástico: "Se reúnen unas cuantas vecinas para recibir clases de labores. Después de un tiempo deciden reunirse para comer juntas un pollo asado. Aquel pollo asado es el comienzo de una gran amistad. Los cristianos compartimos todos los domingos, el cuerpo y la sangre de Jesús, y seguimos tan alejados los unos de los otros como si nunca hubiéramos comido juntos. Esta es la realidad, muchos cristianos que celebramos la Eucaristía no somos testimonio de fraternidad.. Como recuerdo avergonzado. Estaba yo recién ordenado de sacerdote. Acababa de celebrar la Eucaristía en la Iglesia de una ciudad, todavía seguía la mayoría de la gente en el templo y me vienen a avisar: "A una señora mayor le ha dado un ataque y creemos que está muerta". Llamamos inmediatamente al médico... Pregunté por su identificación, su nombre, su familia, su domicilio... ¡Nadie sabía nada de aquella señora que desde hacía tiempo participaba en aquella Eucaristía! He aquí una estridente contradicción con lo que acabábamos de celebrar: ¡un banquete fraterno celebrado por personas que se ignoran sistemáticamente! ¡Resultan altamente sospechosas las Misas, de tantas personas que, a pesar de celebrar juntos durante años y años el sacramento de la fraternidad siguen tan alejados los unos de los otros ¿Con qué sentido la celebran? ¿Cómo una devoción particular? Pero es que no es eso... Por eso, quizá también se nos puede aplicar aquella constatación que hacía Pablo: "Por eso hay entre nosotros tantos enfermos". Por eso hay entre nosotros tantos cristianos que no ejercen como cristianos.

Tal vez una de las tragedias de nuestro mundo sea el de no contar con "testigos vivos" de Dios.

La figura del Bautista, verdadero testigo de Jesucristo, nos obliga a hacernos una pregunta: Mi vida, ¿ayuda a alguien a creer en Dios o más bien le aleja de Él?

(D)

El Evangelio de hoy bien pudiera llevar como título "creer a los que ven primero". Siempre hay alguien que llega antes o que ve antes que los demás. Esta es la realidad Juan el Bautista. Jesús aparece en el desierto. Pero sólo Juan es capaz de reconocerle. No

lo había visto nunca. “Yo no lo conocía ..... He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como paloma y se posaba sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me mando a bautizar con agua me dijo: “Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que ha de bautizar con Espíritu Santo”. Y ahora está ahí. Ese es “El Cordero de Dios”. Juan ve lo que los demás no ven. Donde los demás ven a uno más caminando por el desierto, Juan ve al Cordero de Dios. Ve a Jesús el Salvador. No sabemos qué caso le hicieron a Juan los demás

Siempre tiene que haber alguien que ve antes que el resto para señalarlo. Pero no siempre los demás aceptan lo que ellos no han visto. Con frecuencia se cumple lo que Khalil Gibran nos cuenta en una historieta muy bella.

“Dijo al ojo a sus compañeros: veo más allá de esos valles un montaña envuelta en nubes. ¡Qué montaña más solemne! A lo que el oído respondió: “pues yo no oigo su voz”.

Por su parte, añadió la mano: pues yo no puedo tocarla. Así que esa montaña no existe. Intervinieron las narices. Nosotras no aspiramos su perfume. Luego no debe existir tal montaña.

Mientras el ojo seguía contemplando la belleza de la montaña, los demás sentidos se reunieron a deliberar, qué motivos habría tenido el ojo para tratar de engañarles. Discutieron entre sí y llegaron a la conclusión: “El ojo, sin duda, ha perdido el juicio”.

Cuando uno habla de la fe, son muchos los que terminan sonriendo. “Este ha perdido el juicio”. Porque hoy ya no se usan esas cosas. Es que hay muchos que ven pero no ven. Miran pero no ven. Pero tampoco quieren creer lo que realmente otros ven. Se puede ir a la Iglesia y no ver nada. Se puede leer la Palabra de Dios y no enterarse de nada. Se puede rezar y no hablar con nadie. Jesús lo dirá más tarde: “Tienen ojos y no ven”. “Tienen oídos y no oyen”.

Es que hay cosas que sólo *la fe* es capaz de ver.

Por más que la razón no las entienda y quiera negarlas precisamente porque ella no las ve.

Ha valores que sólo la fe puede descubrir. Por más que la razón se niegue a aceptarlos.

La fe es capaz de hacernos ver el misterio. La razón se empeña en comprender sólo lo que tiene lógica. ¡Y en la vida hay tantas cosas que carecen de lógica!

Hay cosas que sólo *la esperanza* es capaz de esperar.  
Por más que la realidad del presente quiera negarlas.  
Hay futuros que no se pueden ver hoy. Pero hay futuros que la esperanza sí logra adivinar.  
Hay cambios que creemos nunca se darán. Pero hay cambios en los que la esperanza sigue creyendo.  
Hay mañanas que el presente nos impide ver. Pero hay mañanas que la esperanza ya está gozando.

Hay cosas que *la tristeza* nos impide ver. Pero hay cosas que la alegría ya está contemplando.  
Hay cosas que la tristeza niega. Pero hay cosas que la alegría las tiene ya en sus manos.  
Hay cosas que la tristeza ve imposibles. Pero hay cosas que la alegría ya está disfrutando.  
Hay cosas que la tristeza oscurece. Pero hay cosas que la alegría las ilumina.

Es preciso:

Que la razón pregunte a la fe, en vez de decir que la fe ha perdido el juicio.

Que la realidad pregunte a la esperanza, y no diga que la esperanza ha perdido el juicio.

Que la tristeza pregunte a la alegría, y no diga que la ha perdido el juicio.

Es preciso:

Que cuando no veamos nada, preguntemos a los que ven.

Cuando estemos cansados, preguntemos a los que están descansados.

Cuando estemos caídos, preguntemos a los que aún están en pie.

Cuando estemos enfermos, preguntemos a los que están sanos.

Que cuando todo lo veamos negro, preguntemos a los que lo ven blanco.



Que cuando estemos desilusionados, preguntemos a los que viven el gozo de la esperanza.

Que cuando estemos tristes, preguntemos a los que están alegres.

Que cuando sintamos que nada tiene sentido, preguntemos a quienes aún tienen razones para vivir.

Que cuando sintamos que Dios no existe, preguntemos a los que lo han visto.

Que cuando sintamos que la Iglesia tiene mucho de pecado, preguntemos a quienes todavía son capaces de ver la santidad que hay en ella

### (E)

*Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*

Las lecturas de este domingo son como un cántico a la grandeza maravillosa de Jesús. Todas nuestras celebraciones cristianas contienen también un cántico de alabanza y admiración por Jesús. Hay en él algo que nos sobrecoge, nos produce asombro y nos cautiva a medida que lo vamos conociendo. Aplicamos a Jesús las palabras de Isaías: «Tú eres mi siervo, y estoy orgulloso de ti». «No sólo eres mi siervo para restablecer las tribus de Jacob». Es poco para los planes de Dios que Jesús derrame su luz y su amor por los pueblos y ciudades de Israel. Es poco. «Te convierto en luz de las naciones para que mi salvación llegue hasta los confines de la tierra». Como si dijera: «Te asigno una tarea mucho más grande y más bonita. No te vas a limitar a Israel. sino que tu luz va a llegar a todo el mundo, para que mi salvación alcance a todos los seres humanos. ¿Cómo nos ha llegado la luz y la salvación de Jesús a nosotros? Nuestro Dios tiene muchos caminos. Pero en este día nosotros estamos celebrando esa grandeza especial de Jesús. Y como nosotros, otra mucha gente por toda la tierra se reunirán en iglesias, capillas, basílicas o debajo de un árbol en África, para celebrar también con alegría el haber llegado a creer en Jesús. Nuestro Dios nos abrió un camino para llegar a la fe. El evangelio de este día cuenta cómo llegó a descubrir Juan Bautista quién era realmente Jesús. Por dos veces repite: «Yo mismo no lo conocía». Parece que el descubrimiento le llegó mientras bautizaba a Jesús en el Jordán. Y desde ese momento lo

proclama para que lo oigan todos: «Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Juan Bautista había visto muchas veces llevar corderos al templo para sacrificarlos a Dios. Para cualquier judío era una escena familiar cargada de sentido religioso. Nosotros ahora no estamos acostumbrados a estos sacrificios. Sabemos del sacrificio de padres que se matan a trabajar para sacar a sus hijos adelante. Sabemos de personas generosas que se desviven por ayudar a los más pobres del mundo. Por ahí están nuestros misioneros, los que trabajan con delincuentes, con toxicómanos, con chicos de la calle en las ciudades, con gentes marginales, en nuestras parroquias, en instituciones vecinales, etc. Conocemos personas que están gastando su vida y sus energías por vivir para los demás y esto, gracias a Dios, a nosotros nos resulta bastante familiar. Pues así veía Juan Bautista a Jesús: como el cordero que va al sacrificio, como la persona que carga con sufrimientos por vivir para los demás. En la vida de Jesús iban muchas vidas. Juan Bautista decía: «Yo mismo no lo conocía, pero (...) lo he visto y doy testimonio de que él es el Hijo de Dios».

Nosotros también tenemos la hermosa tarea de ser testigos de Jesús. Le conocemos y nos admira su persona. Lo proclamamos «Señor». No vamos echando sermones a la gente. Cuando nos ven como personas honradas, sencillas, serviciales, dispuestas a echar una mano a quien nos necesite, que nos preocupamos por los demás, que no nos guía el egoísmo o el afán de figurar... estamos diciendo con nuestra vida que somos seguidores, pobres seguidores, de Jesús de Nazaret, que él es nuestro Señor, que él dirige nuestra vida. Hacemos presente al Señor en nuestro pueblo y en nuestro ambiente. Es un encargo bonito. En este día nosotros también repetimos con gozo lo que rezamos en el salmo: «Aquí estoy, Señor. para hacer tu voluntad».

(F)

Sabemos que las gentes que conocieron a Jesús quedaron impresionadas porque enseñaba con una autoridad nueva. Pero, tal vez, más de uno se pregunte: «¿qué puede enseñarnos Jesús a

los hombres de este siglo? ¿Qué nos puede decir que ya no sepamos?"

Sin duda, lo primero que Jesús enseña es a creer en el Dios verdadero. De ordinario, los hombres nos ponemos ante Dios con la misma actitud de egoísmo, engaño y autodefensa con que nos ponemos ante los demás. No acabamos de fiarnos de El. Nos tememos que venga a estorbar nuestros planes, deseos y ambiciones. Y, así, sin apenas darnos cuenta, nos vamos construyendo esos falsos dioses que el teólogo catalán *Josep Vives* llama «dioses para no creer». Está, en primer lugar, «el Dios tapagujeros». Son muchos los que acuden a El, como si Dios tuviera que emplear todo su poder en favorecerles a ellos y en arreglar el mundo según sus gustos. Luego se quejan de que Dios no hace tal o cual cosa, no remedia los problemas como ellos entienden que debiera hacer. Jesús nos enseña, por el contrario, que Dios no está ahí para complacer nuestros gustos o suplir nuestra falta de responsabilidad, sino justamente para hacernos más responsables ante nuestra propia vida.

Entonces se puede pensar fácilmente en un «Dios apático», un Dios lejano y frío, insensible a nuestras penas y necesidades. Jesús nos revela, por el contrario, a un Dios cercano, enemigo de todo lo que esclaviza y hace sufrir al hombre, interesado en conducir la historia y la conducta de los hombres hacia el bien y la felicidad de todos.

Otros siguen creyendo en un «Dios sádico», convencidos de que Dios le agrada más el sacrificio y sufrimiento de los hombres que su vida gozosa y feliz. Incluso piensan que Dios sólo ha quedado satisfecho gracias a la sangre de su Hijo, cuando todo el Nuevo Testamento nos está diciendo que Dios nos perdona y nos ama de manera absolutamente gratuita, y la muerte de Jesús es precisamente el testimonio más evidente de que Dios nos sigue amando, incluso aunque los hombres crucifiquemos al Hijo que más quiere.

Otros se imaginan a un «Dios interesado». Estamos tan acostumbrados a que entre nosotros casi nada se dé gratuitamente, que no podemos pensar que Dios sea absoluta gratuidad. Sin embargo, Jesús nos revela que Dios es amor gratuito, puro gozo de dar. Que Dios nos ama porque sí, porque ser Dios es

precisamente amar, darse, comunicarse, dar la felicidad total al ser humano.

Está también «el Dios policía, juez y verdugo» que nos acecha por todas partes para pillarnos en pecado y descargar sobre nosotros el peso implacable de su Ley, «el Dios del orden y la seguridad», que defiende los intereses de aquellos a los que les va bien... Verdaderamente los hombres somos capaces de imaginar cualquier cosa de Dios.

Estoy convencido de que muchos que se dicen hoy ateos o increyentes volverían a hacer un sitio a Dios en sus vidas si alguien les ayudara a intuir y conocer al Dios verdadero que se nos revela en Jesucristo. Jesús no es un teólogo, ni siquiera un profeta más. Como dice el Bautista, *«éste es el Hijo de Dios»*. Puede hablarnos de El.

## Cuento

Jesús ha sido nuestro "maestro", el que nos enseñó que Dios es un "Padre bueno". Y nos lo sigue enseñando. Como en esta historia: Hace muchos años hubo un terremoto en Armenia. Murieron muchas personas. Algo así como lo que ha pasado en noviembre del año pasado en Centroamérica o el tsunami. Un papá, que estaba en casa en aquel momento, se acordó de que su hijo estaba en el cole y salió corriendo a buscarlo. Siempre le había dicho: "Pase lo que pase, tú nunca te preocupes: yo siempre estaré allí para ayudarte".

Cuando llegó a la escuela, el edificio se había derrumbado. El padre se echó a llorar. Pero, sin desanimarse, empezó a recordar dónde solía estar la clase de su hijo. Fue hasta allí y empezó a escarbar y a escarbar... Otros papás fueron también. Pero estaban desesperados: "Déjalo -le decían- es demasiado tarde... Ya no podemos hacer nada por ellos". Llegaron también los bomberos y le dijeron que se fuese, que había peligro de incendio y que ya se iban a ocupar ellos. El papá siempre les decía a todos: "¿Pero va usted a ayudarme o no?"

Nadie quiso ayudarle. Todos lo daban todo por perdido. Pero el padre siguió arañando y escarbando, arañando y escarbando. Así estuvo 8 horas..., 12...,24..., 36... Y, cuando ya llevaba 38,

agotado, al retirar un pedrusco, oyó la voz de su hijo y llamó con todas sus fuerzas: ¡¡Armando!!

- "¿Papá? ¡Soy yo! ¡Estamos aquí! Ya les dije yo a los otros chicos que no se preocuparan, que tú me salvarías y que, si tú me salvabas también les salvarías a ellos. Tú siempre decías que "pase lo que pase, estarías conmigo. Y has venido!"

- "¿Cómo estás? -preguntó el padre.

- "Aquí estamos catorce de los treinta y seis de la clase. Tenemos hambre y miedo, pero ahora ya estás aquí. Se formó una cámara de aire entre los cascotes y eso nos ha hecho vivir".

- "¡Venga, hijo, vamos fuera, yo te ayudaré" -dijo el padre. Y el hijo le contestó:

- "No, papá. Que salgan primero los demás chicos. ¡ Yo ya sé que tú me sacarás! ¡Pase lo que pase, sé que tú me sacarás!"

#### *Comentario:*

\* ¿Tiene algo que ver esta historia con el hecho de que Dios es nuestro Padre bueno?

\* ¿Cómo debemos hablar con Dios cuando...

- . estamos tristes,
- . queremos celebrar algo, . .
- . hemos sacado buenas notas,
- . hemos ganado el partido,
- . nos han dejado los amigos,
- . hemos conseguido hacer algo solos...?

**P. Juan Jáuregui Castelo**